

CAPITULO CXXXVII.

Breves apuntes sobre la España musulmana.— El Coran.— Gobierno de los árabes.— Administración.— Ciencias, artes y literatura.

El pueblo musulmán encontró en España el bello ideal, por decirlo así, de sus aspiraciones. Fértiles terrenos, sol espléndido y fecundizante, abundantes aguas, todo les brindaba con sus riquísimos tesoros para la más embriagadora de las existencias.

Porque el árabe ardiente y voluptuoso por temperamento, valiente y arrojado por efecto de su mismo fanatismo religioso, amigo de los gozos, de la agitación y del movimiento, por inclinación, encontraba precisamente en España todo cuanto podía satisfacer tan múltiples aspiraciones.

Dada la adoración que profesaban al Coran, llamándose á sí mismos los únicos *creyentes*, noble y grande tarea tenían que cumplir respecto á los *infieles*, según calificaban á los cristianos.

Poseedores de todas las ciencias, ofreciéndoseles ancho campo para desarrollarlas, y á su oriental imaginación, abrióse un horizonte dilatadísimo en el nuevo suelo conquistado y en medio de aquella naturaleza sonriente y halagadora.

«¿Qué doctrina es esa,—pregunta un escritor,—que tan rápidamente desde un ignorado rincón del desierto se ha difundido por las inmensas y dilatadas regiones de Asia y Africa, y aspira á extinguir el Cristianismo en Europa y á prevalecer sola en el mundo?...»

Para conocer á un pueblo, necesitamos conocer primeramente su religión, y por lo tanto, aun cuando á grandes rasgos, detengámonos en el Coran, que no es solamente el libro religioso de los árabes, sino á la par un código civil, militar y político donde están consignados todos los preceptos.

Sacado del gran libro de los Decretos Divinos, dicen los musulmanes, fué cayendo del cielo hoja por hoja, dictado por Dios, escrito por el ángel Gabriel y recibido y hecho conocer á los hombres, por Mahoma.

Libro destinado, mas bien á halagar los sentidos, que á satisfacer las puras aspiraciones del alma, los capítulos ó *suras* que le constituyen en número de ciento catorce, aparte de algunos trozos poéticos y de algunas brillantes descripciones, no encierran mas que el halago de la pasión, la autorización, por decirlo así, del deleite y la absorbente idea de reconcentrar el poder y la autoridad en una sola mano, revistiéndole de formas sobrenaturales, ofreciendo quimeras ricas y absurdas compensaciones, solamente á propósito para seducir y fascinar la exaltada imaginación del pueblo para quien se escribió.

Aquel famoso paraíso prometido por Mahoma á los que morían en defensa de su religión y contra los enemigos de ella, donde habían de disfrutar de todos los placeres y de todas las delicias puramente materiales, halagando los groseros instintos de aquel pueblo, á la par que le hacia feroz, terrible, sanguinario para la guerra, sin afecto alguno á la familia, puesto que estaba obligado á abandonarla cuando el Señor le ordenase combatir á los enemigos, transformaba la celestial mansión en una sentina de inmundos vicios ó como muy justamente dice un historiador, «en un inmenso lupanar en que entraba todo lo que había podido inventar una imaginación lúbrica.»

No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su Profeta. Es el dogma fundamental del Coran, desprendiéndose de él la necesidad de reconocer la unidad de Dios y la misión.

Indudablemente, Mahoma adelantó extraordinariamente en el camino de la civilización, puesto que su tendencia fue la de destruir la adoración de los falsos ídolos, volviendo á dar á la religión su pureza primitiva.

Como los judíos, los musulmanes profesaban también un gran respeto á las *sunnas* ó tradiciones que se transmitían verbalmente por el Profeta á sus discípulos, y que estos á su vez, iban esparciendo por doquiera.

En la contestación que suponen dió Mahoma á la pregunta que un día le hizo el ángel Gabriel, encontrándose con él, quedan consignados todos los deberes, por decirlo así, de los musulmanes.

«En qué consiste el islamismo?» refieren que preguntó Gabriel.— «En creer que no hay mas que un Dios y que yo soy su Profeta, contestó Mahoma, en la rigurosa observancia de las horas de oración, en dar limosnas, en ayunar el Ramadan y en hacer, si se puede, la peregrinación á la Meca.»

El Coran ordena, además de la *chotba*, que es la oración pública que por el califa se ha de hacer en todas las fiestas en las mezquitas principales, cinco oraciones diarias que cada una tiene su denominación particular.

El sucesor de Mahoma era el *iman* supremo; el intérprete de los intérpretes de la ley, llamábase *Mufti*, el cual era á su vez jefe de los *Alfakies* ó doctores; el que leía en la mezquita los versículos del Coran, llamabase *Almakri*; *Alhafit* el intérprete de la doctrina, y *Muezzines*, los encargados de llamar al pueblo á las indicadas oraciones desde lo alto de los minaretes ó alminares de las mezquitas.

Un despotismo extraordinario resalta en el Coran, puesto que el monarca es á la vez el pontífice en lo religioso, el magistrado supremo en lo civil y el generalísimo en lo militar.

La pena del talión estaba prescrita para los homicidios y las in-

jurias personales, debiéndose observar que en el Coran, la parte de legislación civil es mucho mas completa que la criminal, quedando mucho en ella al sano criterio de los jueces ó *kadies* que se hallaban bajo la dependencia de una autoridad superior que se llamaba *kadi* de los *kadies*, y ante los cuales los mismos califas deponían todo su poder.

Libro de la espada, llámase también al Coran, y efectivamente, en todo él resalta mas el belicoso espíritu del guerrero, que la unción religiosa y que la paz y los sanos principios del libro moral. «La espada es la llave del cielo y del infierno, y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fe ó del territorio musulmán, es mas aceptada á Dios que el ayuno de dos meses.» Tal es una de las ideas de aquel libro que sigue prescribiendo, no solamente los deberes de todo buen musulmán para acudir á la guerra, sino también el modo con que se ha de distribuir el botín y la conducta que debía observarse con los vencidos.

Como libro de guerra, llenaba cumplidamente su objeto, puesto que merced al fanatismo que inspiró, hizo un pueblo de soldados enérgicos y valientes; pero como código religioso y social, en sí mismo encerraba el germen de su muerte, toda vez que aquel fatalismo, influyendo sobre todas las acciones de los musulmanes, les prestaba, unido al despotismo que pesaba sobre ellos, una especie de inercia, de paralización, de estacionamiento perenne, cuya influencia no puede menos de comprenderse al ver que mientras todos los pueblos siguen la marcha progresiva de los tiempos, adaptando á cada paso sus instituciones al desarrollo de las ideas, los musulmanes, bajo la presión del Coran, permanecen inmóviles.

No pudieron quejarse en los primeros momentos de la invasión, los cristianos que tuvieron necesariamente que mezclarse con sus dominadores, puesto que quedaron subsistentes muchos templos; muchos sacerdotes y prelados siguieron gobernando sus iglesias; las prácticas religiosas fueron respetadas, aun cuando algo restringidas, mostrándose tolerantes, mas bien por cálculo político que por verdadera benevolencia.

Y en prueba de ello, que al entrar en Barcelona los francos, encontraron subsistente la iglesia de Santa Cruz, á la cual sin duda alguna el primer conde, Bera, devolvería su antiguo esplendor de la época goda.

Y ya que aun cuando por incidencia hemos tocado este punto, debemos decir que muy discordes andan los historiadores respecto á él.

Pedro de Marca, Pujades y otros deducen de las palabras del anónimo historiador de aquellos sucesos, que la Iglesia principal que tenían los barceloneses, ya por aquellos tiempos, llevaba el nombre de Santa Cruz.

Pagí, supone lo contrario, puesto que dice fue adquirida por los sarracenos, ya por medio de una compra ó por la fuerza, por los años de 790 la iglesia que nos ocupa y que la transformaron en mezquita.

En este estado prosigue diciendo el mencionado Pagí, que permaneció hasta que tomada la población por Ludóvico Pío, fué este procesionalmente á ella y tomó entonces el nombre de Santa Cruz.

La suposición de Pagí, cae por tierra desde el momento en que vemos en las actas del concilio celebrado en Barcelona en 599, que ya se la denominaba así.

Sea de ello lo que quiera presumible es que el conde Bera noble caballero godo que se había distinguido notablemente en el cerco de la Ciudad y al que Ludóvico Pío le confirió el condado, además de poseer ya los de Manresa y Ausona había de procurar borrar cuantas huellas dejaran en el templo que nos ocupa los 80 años de la dominación musulmana.

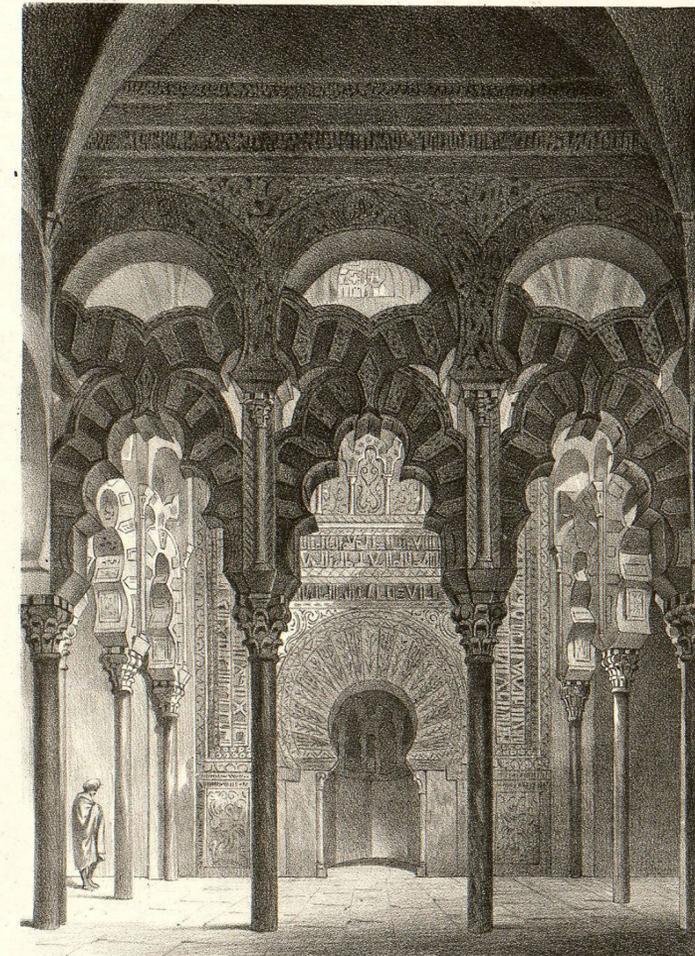
Hecha esta digresión prosigamos con el asunto principal del presente capítulo.

La rapacidad, los caprichos ó los crueles instintos, bien de los emires, de sus dependientes ó de las mismas masas, producían exacciones, atropellos y vejaciones que muchas veces unas autoridades ú otras se veían precisadas á castigar en las respectivas esferas de los que los cometían.

Algo mejoró la situación de los mozárabes cristianos, cuando la España musulmana se erigió en Califato independiente del de Damasco.

Y no solamente mejoraron las condiciones del pueblo cristiano, en general, sino que la época de los Califas en Córdoba es, por decirlo así, la edad de oro de las artes y de las ciencias de la España musulmana.

Desde el primer Ommiada Abderrahmán, á la par que se ve un tolerante espíritu para con los cristianos, nombrando un magistrado con el exclusivo encargo de protegerlos y de velar por sus intereses, mientras había prelados regentando las iglesias de Córdoba, de Málaga, de Baeza, de Guadix y otras, las artes encontraban una protección extraordinaria, y Córdoba, la metrópoli del Califato, encerraba en su recinto esos grandiosos monumentos, descolando entre ellos, su famosa mezquita convertida hoy en templo cristiano y que es una preciosa muestra de lo que el arte en aquel tiempo era capaz de hacer.



CAPILLA DEL MIHRAB (CATEDRAL DE CORDOBA)

CAPITULO CXXXVIII.

Ciencias, industria y agricultura entre los árabes.—Mezquita de Córdoba.—Artes mecánicas.

Ya hemos visto en el capítulo anterior el estado á que las artes habían llegado entre los árabes, pues, aun cuando el corto espacio de que podemos disponer, nos impide ocuparnos detalladamente de aquellas elegantes construcciones que tanto se separan de las góticas, por la breve descripción de la mezquita de Córdoba que haremos á continuación, podrá adivinarse lo que serian todas las demás construcciones ordenadas por aquellos Califas, ansiosos de eclipsar la espléndida magnificencia de los de Damasco, sus perennes enemigos.

El célebre califa Abderraman, propúsose con la construcción de ella, que escudiese, tanto en belleza cuanto en grandeza y suntuosidad, á los mejores templos musulmanes, y empezada su fábrica en el año 770, veinte y cinco mas tarde, su hijo consiguió verla terminada.

Constitúyela un cuadrilongo de seiscientos veinte pies de largo por cuatrocientos cuarenta de ancho y su interior se encuentra dividido por diez y nueve naves formadas por arcos que sostienen ochocientas cincuenta columnas de variados jaspes con un diámetro de pie y medio cada una, variando en altura entre ocho y doce pies.

De prolijos pecaríamos si á detallar fuéramos todas las arquitectónicas bellezas de aquel grandioso edificio, donde involuntariamente se siente el hombre poseído de un sentimiento de admiración y asombro.

En 29 de julio de 1236, conquistada Córdoba por el rey San Fernando, la mezquita musulmana quedó convertida en la magnífica Catedral que hoy admiramos.

Otros muchos monumentos, que nos restan, no solamente en Córdoba, sino esparcidos por el resto de España, demuestran palpablemente el estado á que llegaron las artes entre los árabes durante la época de los Califas.

Las maravillas del palacio de Zahara, mansion de placer, construido tambien por Abderraman, parecerian fabulosas, á no encontrarlas históricamente comprobadas, siendo verdaderamente admirable aquel conjunto de jardines, de fuentes, de columnas y de habitaciones, donde las flores mas delicadas, las mas cristalinas aguas, las mas armoniosas aves, los jaspes, el oro y las piedras preciosas, puestos en armónica combinacion por la humana inteligencia, habían producido una mansion tan poética como grandiosa, y tan artística, por decirlo así, como espléndida, segun todas las descripciones que los mismos historiadores árabes nos hacen.

Apenas puede concebirse en un pueblo tan guerrero, tan feroz, tan sanguinario, aquella protección dispensada, especialmente en toda la época de los Califas, á las ciencias, á las bellas artes y á la literatura.

En muchas de las grandes ciudades de la España musulmana, establecieronse academias de las que brotaron sábios en los distintos ramos del saber humano, siendo las mas célebres las de Córdoba, Granada, Valencia, Sevilla y Murcia, debiendo hacer especial mención de Aberroes, natural de Córdoba, el famoso botánico Abde-lach, Ben Achmed, de Málaga, Abul Kassim, Abu Walid y otros muchos, gloria de aquellas cortes y que encontraban una protección extraordinaria en los Abderraman y en los Alhakem que constantemente estaban rindiendo tributo al genio.

Córdoba, la Atenas del siglo X, como la califica un erudito historiador, era el emporio de las artes y de las ciencias, pudiendo comprenderse fácilmente todo lo decidido de la voluntad de aquellos Califas, teniendo en cuenta los dispendios y sacrificios que costaria poder reunir en la biblioteca del suntuoso palacio de Meruan, aquella magnífica colección de cuatrocientos ó seiscientos mil volúmenes de manuscritos, que la constituían, biblioteca que desgraciadamente se destruyó.

Poetas los mismos Califas, protegían las letras, y cada Wali, á semejanza de su soberano, reunía tambien su pequeña corte de sábios, que á su sombra y á su amparo, ilustraban cada dia el campo del arte ó de la ciencia.

Alhakem I, á pesar de su carácter cruel y sanguinario, obtuvo el renombre de sábio; Abderraman II examinaba y corregía las obras literarias de sus propios hijos, Abderraman III traía á su corte los sábios de todas partes y siempre iba rodeado de un numeroso séquito de astrónomos, médicos, filósofos y poetas, y Alhakem II, ilustradísimo, disfrutando de un largo período de paz, dedicó todos sus esfuerzos á la protección y al desarrollo de las ciencias y de las artes.

Desgraciadamente el fraccionamiento de los estados musulmanes á la caída del califato, influyó de una manera notable para el decaimiento del esplendor á que llegara aquella corte, esplendor cuyos reflejos llegaron á los estados cristianos.

Las guerras que reciprocamente se hacían los emires ó reyes independientes de las diversas provincias que se erigieron en reinos, apagaron el fulgor de las ciencias y de las artes, bajo el estridente fragor de los combates.

Sin embargo, las industrias que tan floreciente habían llegado á poner el imperio Omniada, no murieron, porque se habían creado con ellas grandes intereses; el comercio prosiguió subsistente,

siendo importantísimo el número de buques que afluyen á los puertos del Mediterráneo, y la agricultura, de la cual hasta nuestros dias han llegado preciosos restos, siguieron constituyendo la gran base de su riqueza.

En España habían encontrado un terreno vírgen, por decirlo así, trajeron consigo el gérmen de aquella civilización oriental que tanto esplendor diera á la corte de Damasco, y aplicando sus conocimientos, su inteligencia, á un terreno predispuesto ya, los resultados fueron maravillosos.

Merced á la paz que durante algunos períodos disfrutaron los diversos Califatos, fueron desarrollándose todos aquellos veneros de pública utilidad, constituyendo el territorio ocupado por los musulmanes en un paraíso, cuya pérdida, al decir de sus mismos historiadores, hubieron de llorar amargamente.

Los reinos formados á consecuencia de la disolución del imperio Omniada fueron prosperando á su vez, pero las continuas luchas que se veían obligados á sostener, bien con los monarcas cristianos, cuyo poderío había aumentado, bien entre sí mismos, no pudieron dar espacio á que llegase ninguno de ellos á igualarse con la Córdoba de los Califas.

Únicamente Granada, algun tiempo despues, bajo el fecundo genio de Alhamar, consiguió llegar á un grado de esplendor extraordinario.

Las artes volvieron á reaparecer, y los monumentos que aun nos restan en aquel último asilo del islamismo, demuestran perfectamente el estado de adelanto entre los árabes, en aquel postrer período de su dominación.

La Alhambra, el Generalife, son obras que atestiguan, tanto la fabulosa riqueza de aquellos monarcas, cuanto el genio de los artifices que semejantes maravillas realizaban.

Los airoso arcos de herradura, las esbeltas columnitas características en aquella arquitectura, los preciosos encajes, los graciosos alicatados, aquellas techumbres tan primorosamente esculpturadas y donde brilla la riqueza, á la par que el buen gusto, causando admiración en nuestros dias, prueban la protección dispensada por aquellos monarcas á los artistas.

La multitud de historiadores, el gran número de poetas, cuyos nombres registran sin cesar las crónicas árabigas, los sábios que en todos los distintos campos de la ciencia enaltecieron aquella época, prueban igualmente la gran protección que recibían, y la bondad de aquellas grandes escuelas, de aquellas academias donde tan brillante alimento recibían las inteligencias.

Mirando el sistema de riegos que hasta nuestros dias se conserva en las vegas de Valencia, de Murcia y de Granada, no puede menos de sorprender la inteligencia con que aquella gente aprovechaban las aguas, quedando demostrada únicamente la bondad de su procedimiento, en la conservación de él, á pesar de los siglos transcurridos.

En las artes mecánicas es innegable que alcanzaron una perfección extraordinaria. Como curtidores, cinceladores y fabricantes de tejidos llegaron á conseguir en toda Europa una fama tan grande como justa.

Su fabricación de armas era especial, y sus tejidos de lana y seda demuestran, como dice muy bien un escritor, su incontestable superioridad en todos los ramos de la industria y el infatigable trabajo á que se dedicaban.

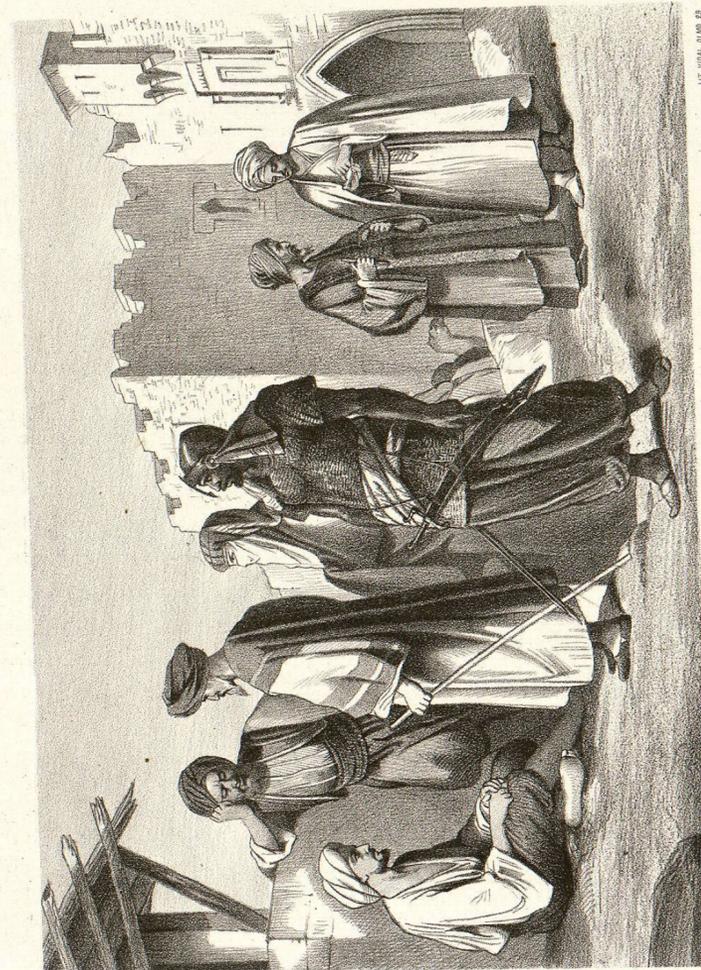
En el reino de Jaen solamente, segun el Nubiense, había á principios del siglo XII, seiscientos pueblos que no se ocupaban de otra cosa que de las manufacturas de seda, y esto es tanto mas notable, cuanto que precisamente en esa época la Europa no las conocía mas que por el tráfico que de segunda mano estaba sosteniendo con el imperio griego.

Facilmente se comprende que su comercio había de estar en una situación muy próspera, teniendo en cuenta los poderosos elementos con que para sostenerle contaban los árabes, y como prueba del gran tráfico que debía existir, debemos citar la obra que al mediar el siglo X publicó Abul Cassim titulada *Libro de negociacion*, primera indudablemente que se escribiese en Europa sobre estas materias.

Algunos historiadores creen que los árabes inventaron la brújula, ó que por lo menos la tomaron de los chinos, la perfeccionaron y la introdujeron en Europa; pero la verdad es que ya en el siglo XII los autores árabes la citan como muy generalizada entre sus compatriotas, no tan solo para sus expediciones marítimas, si que tambien para sus escursiones á través de los desiertos.

El papel, tomado por ellos de los chinos, lo perfeccionaron tambien y le trajeron á nuestro suelo, donde permaneció mucho tiempo sin pasar á los demás pueblos europeos, y Casisi dice que en el Escorial encontró diferentes manuscritos en papel de algodón que llevaban la fecha de 1009 y otros en papel de hilo, 1106.

El comerciar por su cuenta en grande escala los califas de Córdoba, en lo cual tambien les imitaron los monarcas cristianos, contribuyó como fácilmente puede comprenderse, al mayor desarrollo de su comercio, produciéndose tambien de esta manera mayores beneficios.



TRAJES ARABES.